

Car 81
Boston, 4 de Diciembre de 1823.

Amadísimo Ignacio: no quise abrarte en el momento de mi partida, por que teme q. mi constancia no pudiese resistir a esta última prueba, y que me fuera imposible arrancarme de una tierra en que dejaba tantos objetos queridos. Este sentimiento dominaba tanto en mí, que en la travesía del cuello de... a bordo, no temi q. me descubrieran y detuviesen. Para mí era acaso menos sensible una prisión que aquel viaje, y puesto ya en manos de la suerte, me abandone a ella sin temores ni esperanzas. Llegado a bordo, no me fui abajo hasta el momento de la salida, por que en el se dirigia un bote a la vela a nosotros, y el Capitán temo. Puso el barco en la laja, y hubo grande alboroto. A el salí, y me aguante arriba hasta por la mañana, fijos siempre los ojos en Matanzas y en el castillo.

Los tres primeros dias tuvimos el tiempo mas hermoso. Despues hemos venido o con vientos furiosos por la proa, o con calmas y marejada que no rompian las velas, y el 27 del mes, a los 40° de latitud nos cayó una helada tan furiosa, que el agua del mar se cuajaba al pasar la ola por la cubierta, y formaba tales témpanos que entorpecia la maniobra. A fuerza de fuerza llegamos a una isla que se llama Nantucket, tomamos allí un práctico, este se emborrachó, y no sé como aquella noche no nos hicimos pedazos en la costa. Al fin salimos del paso con atrasar como 15 leguas, y tener que estar fondeados dos dias en otra isleta, donde todo estaba helado. Sobre la estada allí te incluire copia de mi diario, para que te diviertas con el amigo D. Pedro en el cafetal, cuya memoria no es de lo que menos me atormenta.

Esta mañana vamos a este puerto, y por una casualidad me encuentre a la casa de Pedro. Se presentará

la letra y la aceptó. Después me fui con el Capitán, hombre estimable por todos títulos, a su posada, en la que comí, y su ama me hizo decir en francés por otros de los inquilinos, que podía quedarme en ella todo el tiempo que quisiera, cosa que mediante el dinero tenía yo muy sobada. Bien decían tu que las peretas hablan hasta al cielo. Me han señalado un precioso cuarto, con una cama muy hermosa, y todo por cinco pesos a la semana. Me he constituido, pues, en una de las *Misses* de *Ward*, *Butler Street*, n.º 15, y después del *tea* me he retirado al cuarto a escribirte, y participarte algunas de mis observaciones.

No he resuelto aun nada sobre viaje a New York ó Filadelfia. En estas ciudades hace el mismo frío que aquí con corta diferencia, y donde lo iba yo a aquantear con todo el cuerpo era en el camino. En *Charleston* es donde hay mudanza, pero de aquí allá hay 500 leguas que no se andan en invierno tan fácilmente. Aun pienso quedarme, y si el *fate* apropiata mucho más, condenarme a reclusión junto a una chimenea, y sacarme en embetter del frente con el inglés, ó dar una mano a mis poesías. Lo malo es que estoy privado de mis libros. Así, si fuere cosa de que esto traya de durar siquiera un año, embascamelos por mano de *Atkins*, dirigiendoselos a *Bacon* para que me los entregue. De todos modos, los papeles impresos y manuscritos que estaban en el baul negro, mandamelos en primera ocasión por el indicado conducto, que si yo me hubiere ido, *Bacon* me los enviara a donde estuviere.

Boston es una gran ciudad, y sumamente bella por su regularidad y policía. Todas las casas son de tres ó cuatro pisos, contruidas de ladrillo ó cantería, y cubiertas de tejamaní, con todas las ventanas guarnecidas de vidrieras. Las calles son anchas y perfectamente en

pedradas, con calzadas de ladrillo levantadas de un lado y de otro, para reparar a los de a fin de los carruages. Los son infinitos, y los caballos que los tiran me han parecido todos mas grandes y fuertes que los de Cuba; no se si sera aprehension. Las calles estan llenas de gente a todas horas, y no por eso reyna el bullicio de las de la Habana. Verdad es que aqui no hay negro carretillo. Jamas he visto mas muchachas bonitas que hoy. Si hubieras estado en Boston, no dijeras del lo que de Matanzas, sobre perder la idea de la bellera, bien que apesar de todo eso no te parece saco de paña el famoso buque.

Dic. 5. — He pasado la noche en una cama de la que digo lo que tu te la de Burdeos. — El almuerzo ha sido bueno, y he me corrido las calles de Boston como un pajarito loco, sin destino alguno. El frio es todavia muy soportable, y no me ha hecho grande impresion. Estoy acatarrado, pero apenas ves quien no lo est. Es real estacional.

¡Que hermosa ciudad! Elte ha admirado sobre todo el orden que en ella reyna. Todas las casas tienen en tarjetas grabadas de cobre o de madera el nombre y ocupacion de los que las habitan; lo que es lo que facilita sobremanera el curso de los negocios. Todos parecen ocupados, y aun no he visto un mendigo, ni aun uno que tenga sobre si la libra de la miseria y el desamparo. ¡Afortunado pais, favorecido apesar de la rudeza de su clima, con las miradas mas benignas del cielo!

Quiero una carta para entregarla a Bacon para que la dirija en primera ocasion.

Ultima que no dejes de escribirme aun por New York dirigiendo las cartas a los Srs. Goodhue y Comp^{ta} para que me las envíen aqui, lo que puede conseguirse por medio de aquel amador, q. fue con Bacon al cafetal.

Alivia que no me disimules el estado de mis negocios.
Háblame con franqueza, y no omitas ni los detalles
ni las minucias. Cuéntame también del buque.

No va la copia. Será con otra larguísima con el
Galaxy que vuelve dentro de algunos días a su puer-
to. Esa será ocasión segura.

Por si esta llegare antes que el Galaxy, que lo du-
do mucho, te encargo que vayas a mis receptadores, y
les hagas presentes mis recuerdos y gratitud. En el
Galaxy les escribiré, no lo hago ahora por lo con-
gado de la comunicación.

No sé si entenderás los últimos párrafos, por que
la tinta está casi helada. Nada tengo que decirte para
la Ucha... Mis memorias a D. Joaquín, a quien doy
cierta enhorabuena, a Félix Lanús, al Sr. de la Peña,
D. Juan José Verer, a Babbona, a Nequilla, a mi que-
rido pariente, y al grande Alas, y a D. Pedro Hernández.

A Abria, al buque, Josefina y Estelita, que todas
las noches me acuerdo de ellas a la hora de la ter-
tulia, y a D. Pedro y Dalcour que no los olvido.
Su número de nombres! apenas hay en esta tierra
quien me sea indiferente.

Adios: no me olvidéis, y ten presente que mi prin-
cipal voto es volver a Montevideo a vivir contigo, pues
sin eso siempre será incompleta la felicidad de tu
amantísimo
José María

No necesito decirte que des por mi un abrigo a Uchada.
No dejes de contarme todos los progresos de la causa de la re-
spiración... ¡Oh miseria humana! Cuantos años se han pre-
stado, si ha formado el convencimiento al Sur de Ultramar, quienes
son capitulares este año. — Se me olvidaba decirte que ya
ha venido un adulator a decirme que se llenará de gozo si
quiero ir a Buenos Ayres, p.^o donde me proporcionará pasaje gratis
en una hermosa fragata a. sale de aquí a 8 días. No puedes imaginar
mi respecta. Cabe a. los marineros han hablado de mi escape.
Se acaba el papel, p.^o no me desee de separarme. Adios